

Amor, género y sensibilidades

Por Gabriela Vergara Mattar

“Si amas sin despertar amor, esto es, si tu amor, en cuanto amor, no produce amor recíproco, si mediante una exteriorización vital como hombre amante no te conviertes en hombre amado, tu amor es impotente, una desgracia”.

(Karl Marx, Manuscritos Económicos y Filosóficos de 1844)

Amor, género y sensibilidades son los nodos principales que traman una densa urdimbre desde las entrañas y los intersticios de los artículos publicados en esta nueva edición número 12 de RELACES.

El amor, siguiendo la expresión de Marx, puede ser entendido como una práctica social que tiene incidencias (en), a la vez que es afectado por un determinado modo de estructuración social. Amor recíproco, impotencia, desgracia, son los jalones de caminos diferentes que adquieren las emociones, los sentimientos y las sensibilidades en tiempos de un capitalismo extractivista, represivo, regulador de las sensaciones y configurador de la soportabilidad social.

Y esta es una de las razones posibles para que estos términos se conviertan en objetos posibles de ser indagados desde unas Ciencias Sociales interesadas particularmente en los cuerpos y las emociones. Los amores, sus prácticas y experiencias dicen mucho de cómo viven los sujetos, pero también de cómo la sociedad los configura. Los amores, sus prácticas y experiencias se inscriben, plasman y torsionan en los pliegues de las relaciones de género, mostrando obstáculos y limitaciones en algunos casos para las mujeres, tal como lo plantean algunos de los artículos incluidos en este Número, que las tienen como protagonistas.

Ahora bien, si el amor recíproco, ese que se expande exteriorizándose vitalmente y contagiando al otro es posible, lo ha de ser sorteando los obstáculos de un capitalismo deshumanizante, cosificante, fetichizante. Y cuando nos referimos a este capitalismo que en los países del Sur Global adquiere particulares características, es que también asumimos que una de sus facetas principales no es la de lograr desmaterializarse por la globalización y el capital financiero, sino su astuta capacidad de atravesar nuestras sensibilidades. De allí es que pueda haber amores enclasados, dolores y sufrimientos arraigados en la expulsión y el hambre; dolores impuestos en prácticas médicas que contribuyen a la naturalización de la impotencia y la inmovilidad.

Los artículos, sin haberlo pretendido sus autores, como consecuencias no previstas, logran tejer caminos hipertextuales (e intertextuales) diversos entre sí, abriendo surcos entre las emociones, la estructura social, las condiciones económicas y los procesos históricos. En relación al amor, vamos a encontrar referencias certeras respecto de la estructura económica y su incidencia en tanto cuerpos situados-encarnados sea por la clase, sea por el género. En cuanto al cuerpo, salud, género, aparecen las estructuras económicas que subyacen al sistema de salud, y el acceso enclasado a estas prestaciones, como así también cómo se ven afectadas las vidas de las comunidades indígenas en el marco de la reprimarización de la economía argentina y de un capitalismo altamente extractivo de recursos naturales, que tiene como correlato una política de los cuerpos basada en el desempleo, el hambre y el dolor en términos estructurantes-estructurales.

Las emociones son otro de los ejes que se articulan y traman con los tres propuestos en este Número. En varios artículos aparecen referencias explí-

citas al temor, a la confianza, al dolor, al sufrimiento, los cuales ofrecen pistas para considerar su configuración social en términos de las sensibilidades, no sólo en clave de género a lo largo de la historia, sino también en perspectiva de clase.

A partir de esto, es que nos permitimos leerlos de manera tangencial, co-bordeante (y también, por qué no, des-bordante). Más allá de los distintos enfoques teóricos que cada artículo propone y de los distintos países –en tanto lugares geopolíticos diferentes de la producción del conocimiento científico y de las condiciones de producción a ellos asociados- de donde provienen, es posible encontrar un camino que nos lleva a ver en primer lugar al amor, ya sea en términos de las experiencias de clase, como por ejemplo en mujeres chilenas, como desde un arquetipo de amor que abarca a las parejas occidentales y contemporáneas.

En el primer caso, desde Chile, *Amanda Rutllant da Cunha* nos habla de “*Un amor estratificado: Narrativas, prácticas y la infraestructura del amor de tres mujeres chilenas de diferentes estratos sociales*”. Aquí la autora justifica su interés teniendo en cuenta que en dicho país se observan altos niveles de desigualdad socioeconómica, con lo cual indaga el lugar que tienen las condiciones materiales de vida en las prácticas amorosas de las mujeres chilenas de distintos niveles sociales. Así pues, toma distancia de los clásicos en la temática –como Giddens y Beck, entre otros- quienes enfatizan el ‘amor individualizado’ y equitativo, puesto que se convierte en un constructo utópico al dejar de lado las condiciones objetivas de vida.

Y es precisamente a partir del análisis de entrevistas en profundidad, que Amanda nos muestra las experiencias de parejas en relación a las prácticas de amor que van configurando distintos caminos. Para la mujer de clase alta, la relación de pareja tiene un marcado predominio de pragmatismo que relega a un segundo plano al amor; en el nivel medio, bajo la influencia de la religión, el amor y el esfuerzo van de la mano, en tanto que en el sector bajo, se identifican experiencias tormentosas y denigrantes pero que pueden ceder paso a otro tipo de vínculo basado en un mayor protagonismo y autonomía.

Las prácticas amorosas requieren de un espacio físico para la intimidad, que opera en forma de ‘infraestructura’. Así, en los sectores bajos, la vida en campamento primero y, luego en la propia casa, son

lugares para estar a solas; en la clase alta, la autora observa una suerte de planificación que implica –que pese a disponer de una vivienda grande, cómoda- se prefieren horarios previsibles en un motel. En el nivel medio, este último ámbito también es utilizado por la entrevistada, pero a diferencia de la anterior, lo dota de otros significados que alimentan el romanticismo y la intimidad, junto con otras prácticas que la pareja realiza a fin de evitar las rutinas, tales como ir a la playa o comer en la cama. Al finalizar, la autora nos invita a reflexionar y ampliar el debate acerca de cómo las dimensiones materiales y estructurales, inciden en las parejas y en sus prácticas de amor.

Desde España, *Berta García Faet* nos ayuda a comprender las características de lo que denomina ‘amor funámbulo’, es decir un modelo de amor contemporáneo y occidental, un amor equilibrista afectado tanto por las dinámicas del mercado de trabajo, como por las desigualdades de género que lo ubican en una trama de potenciales conflictos, tornándolo vulnerable. El ‘amor funámbulo’ se ve enfrentado a la lógica del mercado y el trabajo, a expensas de los tiempos y ritmos que éste impone, a la vez que la desigualdad de género lo afecta a partir de una doble jornada que implica en las mujeres igualdad en las posibilidades de trabajo fuera del hogar junto con el mantenimiento del lugar de cuidadora y responsable de la familia. Berta considera que además de estos factores estructurales o externos a la pareja, existen otros internos que amenazan a este amor funámbulo: por un lado la liquidez del amor, su extrema volatilidad y por otro, el apego, la necesidad de contar a futuro y de manera certera con el otro- sin apelar al utilitarismo.

Podemos complementar estos análisis respecto del amor que tienen como protagonistas a las mujeres, con el artículo de *Oliva López Sánchez*. En “La pertinencia de una historia de la construcción emocional del cuerpo femenino en el siglo XIX mexicano. Abordaje desde el construccionismo social” nos propone reflexionar acerca de la necesidad de incorporar a las emociones dentro de la historia del cuerpo femenino, que ella circunscribe en México, a fines del siglo XIX. Partiendo desde una mirada constructivista moderada y, tomando como uno de los puntos de referencia la concepción darwiniana de que las emociones además de ser universales y congénitas corresponden a los distintos grupos humanos –y de allí se diferencian gestos y expresiones-, la autora presenta una serie de reflexiones que corresponden a la

primera etapa de su investigación, en la cual se propone diferenciar los conceptos de experiencias, expresiones y dispositivos emocionales.

Un primer eje de análisis son los discursos clínicos. Aquí Oliva, se interesa por ver el lugar de lo emocional ligado a lo patológico como una vía para diagnosticar enfermedades mentales, tal el caso de la histeria, asociada a las mujeres a partir de la cercanía que los médicos identificaban entre una extrema sensibilidad y emocionalidad. Por otra parte, la autora indaga en la historiografía clásica hallando una versión no victimizada de un grupo de mujeres que hicieron valer su condición de sensibilidad para bregar por la igualdad en la participación en la esfera pública. La femineidad y su emocionalidad debían ser la contraparte necesaria del avance del capitalismo burgués, basado en una rapaz ambición que dejaba de lado la moral y los valores. En perspectiva histórica estos dos ejes antes expuestos, permiten afirmar a la autora que las mujeres con antelación a los varones, han vivido una cultura emocional que pasó de una etapa de patologización a otra donde lo emocional se convierte en un capital que habilita a la agencia.

Los artículos que siguen, abren las puertas de manera más directa hacia la problematización de las sensibilidades y los cuerpos en relación con la salud.

En esta línea, *Mariana Isabel Lorenzetti*, aborda “El cuerpo como testimonio: construcciones de salud y transmisión de las memorias en las comunidades wichí de Tartagal (Salta, Argentina)”. En este artículo plantea cómo el cuerpo se constituye en un recurso capaz de cuestionar el discurso dominante, al explorar las concepciones de la salud y del sufrir de los habitantes de una comunidad wichí. Tras describir un contexto estructural marcado por el desmonte y la consecuente pérdida de recursos naturales que ya no pueden ser aprovechados por estos pueblos originarios, plantea un conflicto a partir del discurso estatal para quien el problema de la desnutrición se debe a la falta de cuidado de la salud, reactualizando por esta vía los dilemas civilización-barbarie. Desde los propios wichís, por el contrario, el desmonte marca un antes y un después en sus cuerpos lo cual se visualiza claramente a partir de la edad de mortalidad: antes había viejos que morían de viejos, ahora apenas si llegan a los 50. Antes, se comía del monte, nadie enfermaba, ni padecía hambre o desnutrición. El monte proveía recursos diferentes que fueron siendo

reemplazados por los alimentos que vienen en los ‘bolsones’. Para esta mirada, la mortalidad –y el hambre como antesala- tiene claras explicaciones: despojados de sus tierras, de sus recursos, sin posibilidad de tener trabajo quedan a expensas de los programas alimentarios –comedores escolares que no funcionan en el verano, la ‘Tarjeta’ de \$50, entre otras medidas implementadas. Es en el contraste entre el pasado y el presente de los habitantes de estas comunidades donde aparece uno de los factores estructurales que generan condiciones de posibilidad para la desnutrición infantil: el desmonte, la pérdida de trabajo, de alimentos y la dependencia del Estado respecto de la alimentación, van trazando un camino que conduce al ‘deterioro’ de estos cuerpos.

Desde aquí pasamos a otra faceta de la salud y los cuerpos, que tiene como epicentro a mujeres. El parto y la autonomía en las consultas ginecológicas son dos situaciones donde el cuerpo femenino puede aparecer como un lugar de intervención, control y poder, como así también de potencialidad.

Al respecto, desde Uruguay, *Natalia Magnone Alemán* da cuenta de los “Modelos contemporáneos de asistencia al parto: Cuerpos respetados, mujeres que se potencian”, a partir de un análisis de entrevistas en profundidad y grupos de discusión realizados en la ciudad de Montevideo, en donde indaga las distintas maneras de atención en el parto, las prácticas médicas y sus impactos en las mujeres-madres.

Tras repasar una serie de fragmentos de entrevistas en las cuales se advierte el control médico sobre un cuerpo femenino que no sabe qué hacer de manera intuitiva –por estar sobredisciplinado- o no puede hacer lo que siente –porque los controles la disciplinan *in situ*-, la autora conecta el enfoque de riesgo obstétrico con la sociología del riesgo que anclan de manera particular en el cuerpo femenino, visto como una máquina que, además es defectuosa.

Como contrapartida, desde el modelo holístico el parto es una experiencia de empoderamiento que permite a las mujeres transitar por un momento único de autodescubrimiento y reconocimiento de potencialidades, hasta entonces desconocidas. El dolor desde este enfoque lejos de buscar ser erradicado, es aliviado a partir de mecanismos naturales que incrementan las endorfinas en el organismo. En este marco la autora describe las características de un

grupo de profesionales que alientan el parto a domicilio, asumiendo una concepción integrada de mente, cuerpo y espíritu.

Las miradas que se disputan la apropiación de las prácticas en el parto inciden fuertemente en la autonomía de género. Por un lado, el conocimiento de la medicina y la tecnología encargadas de intervenir sobre los cuerpos; por otro, la paulatina consolidación de un modelo holístico donde lo corporal es una unidad con el espíritu y el dolor no quita lugar para la vivencia potenciadora de ‘crear vida’.

Como complemento y contracara del parto, desde Argentina, *Josefina Leonor Brown*, *Mario Pecheny*, *Cecilia Tamburrino* y *Soledad Gattoni* dan cuenta de lo que sucede con el aborto y las sensibilidades. En “Cuerpo, sexo y reproducción. La noción de autonomía de las mujeres puesta en cuestión: el aborto y otras situaciones sensibles”, los autores exploran en términos empíricos ‘tipos ideales’ de pacientes, teniendo como parámetro la autonomía; así pues surge el paciente ‘pasivo’, el ‘usuario de servicios de salud’ y el ‘interlocutor legítimo’. Analizan para ello entrevistas realizadas a mujeres que asisten a consultas ginecológicas de rutina o control –que las ubican dentro de la categoría ‘sanas’- tratando de identificar las barreras o los facilitadores de la autonomía, donde la confianza, la vergüenza y el pudor, operan en las interacciones con los profesionales de la salud, incidiendo en el acceso a la información brindada y solicitada.

Un aspecto que resaltan los autores es que las cuestiones referidas a la sexualidad y la vida reproductiva son percibidas desde un lugar íntimo e individual que no llega a instancias de acciones colectivas ligadas al derecho a la salud. Los frenos a la autonomía se evidencian también ante situaciones de aborto o embarazos. Pese a la diferencia que existe entre ambos, los autores advierten cómo las mujeres delegan decisiones o, prefieren no preguntar, prácticas éstas que se incrementan en el caso del aborto dadas ciertas constricciones sociales, culturales y legales. Así pues, los autores invitan a problematizar la noción de autonomía y a seguir indagando sus configuraciones en las experiencias y prácticas de los pacientes.

Finalmente, a modo de una reflexión teórica *María Inés Silenzi* nos presenta “Mente, cuerpo y mundo: el enfoque incrustado-encarnado dentro de

la zona de interfaz entre la antropología del cuerpo y las Ciencias Cognitivas”. Teniendo en cuenta los aportes que toma la Antropología del Cuerpo de las Ciencias Cognitivas, *María Inés* muestra aspectos centrales implicados en el modelo ‘situado o encarnado de la mente’ como un camino epistemológico para abordar las corporalidades. A diferencia del enfoque clásico o la mirada computacional de la mente, el modelo encarnado encuentra expresiones concretas en prácticas de antropólogos como Maurice Leenhardt al estudiar la noción de cuerpo en los habitantes de la Melanesia. Pero, por otra parte, haciendo una rápida revisión de los enfoques filosóficos dualistas y monistas sobre mente-cuerpo, que influyeron en la Antropología, la autora destaca la visión emergentista, que considera las relaciones recíprocas entre mente-cerebro, conformando así un sistema. Desde este enfoque la mente es considerada a partir de sus conexiones con lo social y lo cultural, pero además con lo situado y encarnado. Recuperando los aportes de Maurice Merleau-Ponty, se incorporan las percepciones y el mundo, que la autora logra enlazar con la visión de Andy Clark respecto de la mente corporeizada que vive en el mundo en el que actúa. Con todo este andamiaje teórico y epistemológico *María Inés* pretende construir un camino prometedor que permita volcar los aportes de las ciencias cognitivas en los trabajos antropológicos sobre los cuerpos.

Desde distintos conceptos, enfoques, categorías y problemas de investigación, los artículos presentes en este Número de RELACES nos alertan acerca de cómo *el amor, los géneros y las sensibilidades* nos siguen desafiando a ser indagados desde las Ciencias Sociales; nos siguen invitando a romper visiones dualistas, fisicalistas o empiristas; nos siguen tentando a sospechar de sus complicidades o traiciones respecto de un modo de estructuración social que halla en los cuerpos y sus emociones un locus particular para el orden, pero también para la emancipación.